

«¡Lázaro, Sal Fuera!»

Lázaro de Betanía, hermano de Marta y María, un amigo cercano de Jesús, estaba muerto, dentro de una cueva pequeña sellada. Su cuerpo estaba bien envuelto en una tela. Adentro de la cueva angosta estaba frío, silencioso y negro.

De repente Lázaro abrió sus ojos y el cielo de la cueva estaba rociada de luz. El escuchó el ruido de las voces de los hombres a medida de que movían la piedra pesada de la boca de la tumba. El viento caliente y seco entro rápido a la cueva y Lázaro llenó sus pulmones con el aire delicioso. Cuando el aire llegó se formaron más sombras de luz y se formaron texturas en las paredes de la cueva.

La voz de Jesús arrebató a Lázaro. El sonido emocionante paso por el como la ola que se forma del mar. Las palabras de su amigo le cayeron a Lázaro con cadencia y claridad majestosa. Cada silaba parecía tomar un siglo para escuchar pero le brotó sobre el en solo un instante. Solo de escuchar de nuevo era exquisito. Pero estas palabras eran de Jesús. Estas eran palabras de una invitación maravillosa ... «¡Lázaro, sal fuera!»

Con una energía punzante corriendo por sus venas, Lázaro respondió, rodando en sus manos y rodillas. El gateo hacia el brillo del día esperándolo afuera de la cueva. A la entrada Lázaro se para derecho, pestañeando en la luz brillante del sol.

Jesús espero, con los hombros abiertos, listo para abrazarlo. Lázaro camino un paso más cerca y vio lágrimas frescas, mojadas en los ojos de Jesús.

«Desátenlo y déjenlo libre,» ordeno Jesús. Marta y María se movieron rápido hacia su hermano re-nacido y le quitaron sus envolturas. Lázaro acarició la cabeza de sus hermanas ocupadas a medida de que le quitaban sus envolturas.

La muchedumbre que se había congregado se quedo paralizada en su lugar. Como estatuas silenciosas miraron con la boca abierta. Ellos eran los verdaderos testigos del último y más grande milagro de Jesús. Pero sin embargo, no podían creer lo que estaban viendo. Sus mentes ya estaban tratando de encontrar una manera de explicarlo.



Jesús y Lázaro se abrazaron. Las palabras que pudieron haberse dicho nunca hubieran pasado de sus emociones, apenas contenidas en la frágil muralla de su silencio.



Durante la Quinta Semana de Cuaresma, escuchamos más allá del rugir del mundo, y escuchamos a Jesús llamamos por nombre. El nos invita a «salir» de nuestras rutinas y estar con el. Pero, como Lázaro, estamos envueltos en lo que nos ata, enterrados en un mundo alrededor de nosotros y sin fuerza para levantarnos. Pero cuando la voz de Jesús nos hable, nos despierta la fuerza que necesitamos para levantarnos. Con la gracia de Jesús pasando por nosotros, podemos salir a la luz del día y asolearnos en su presencia. Nosotros también resucitaremos.